

abnegación. Estoy dispuesta á morir por este hombre, si es preciso...» Pero no había modo de poner por obra tales propósitos. Ana buscaba y no encontraba manera de sacrificarse por el Magistral. ¿Qué podía ella hacer para contrarrestar la violencia de la calumnia? Nada. Nada por ahora. Pero tenía esperanza; tal vez se presentaría un modo de utilizar en beneficio del *pobre mártir* aquella abnegación á que estaba resuelta... Mientras llegaba el momento, no podía más que consolarle, y esto sabía hacerlo de modo que el Magistral tenía que emplear esfuerzos de titán para contenerse y no demostrarle su agradecimiento puesto de rodillas y besándole los piés menudos, elegantes y siempre muy bien calzados.

Y en tanto Foja, Mourelo, don Custodio, Guimarán, *El Alerta* y, entre bastidores, don Álvaro y Visitación Ollás de Cuervo, trabajaban como titanes por derrumbar aquella montaña que tenían encima; el poder del Magistral.

Si la muerte de sor Teresa fué un golpe que hizo temblar al Provisor en aquel alto asiento en que se le figuraban sus enemigos, y si pudo por algún tiempo dejar en la sombra al pobre don Santos Barinaga, al cabo de algunas semanas éste volvió á brillar dentro de su aureola de víctima y la compasión fementida del público marrullero se volvió á él, solicita, con cuidados de madrastra que representa la comedia de la *segunda madre*. Á los vetustenses, en general, les importaba poco la vida ó la muerte de don Santos; nadie había extendido una mano para sacarle de su miseria; hasta seguían llamándole borracho; pero en cambio todos se indignaban contra el Provisor, todos maldecían al autor de tanta desgracia, y quedaban muy satisfechos, creyendo, ó fingiendo creer, que así la caridad quedaría contenta.

«Oh, en este siglo, gritaba Foja en el Casino, en este

siglo calumniado por los enemigos de todo progreso, en este siglo *materialista y corrompido*, no se puede ya impunemente insultar los sentimientos filantrópicos del pueblo, sin que una voz unánime se levante á protestar en nombre de la humanidad ultrajada. El pobre don Santos Barinaga, víctima del monopolio escandaloso de la *Cruz Roja*, muere de hambre en los desiertos almacenes donde un tiempo brillaban los vasos sagrados, patenas y copones, lámparas y candeleros con otros cien objetos del culto; muere en aquel rincón y muere de inanición, señores, por culpa del simoníaco que todos conocemos: muere, sí, morirá; pero el que se burla con artificios de nuestro código mercantil y de las leyes de la Iglesia, comerciando á pesar de ser sacerdote; el que mata de hambre al pobre ciudadano señor Barinaga, ese no se gozará en su obra mucho tiempo, porque la indignación pública sube, sube, como la marea... y acabará por tragarse al tirano...!

Pero á pesar de este discurso y otros por el estilo, á Foja no se le ocurría mandar una gallina á don Santos para que le hiciesen caldo.

Y como él obraban todos los defensores teóricos del comerciante arruinado. Decían á una que moría de hambre y nadie al visitarle le llevaba un pedazo de pan. Y hasta le visitaban pocos. Foja solía entrar y salir en seguida; en cuanto se cercioraba de la miseria y de la enfermedad del pobre anciano, ya tenía bastante; salía corriendo á decir pestes del *otro*, del Provisor: así creía servir á la buena causa del progreso y de la *humanidad solidaria*.

La fama bien sentada de hereje que había conquistado en los últimos tiempos el buen don Santos, retraía á muchas almas piadosas que de buen grado le hubieran socorrido.

Y solamente las *Paulinas* fueron osadas á acercarse al lecho del vejete para ofrecerle los auxilios mate-

don Santos Barinaga

riales de la sociedad y los espirituales de la Iglesia.

Fué en vano.

«Afortunadamente, decía don Pompeyo Guimarán al referir el lance, afortunadamente estaba yo allí para evitar una indignidad.»

Don Santos había dado plenos poderes á su amigo don Pompeyo para rechazar en su nombre *toda sugestión del fanatismo*.

Guimarán estaba muy satisfecho con «aquella *misión delicada* é importante, que exigía grandes dotes de energía y arraigadas convicciones por su parte.»

En efecto, llegaron al zaquizamí desnudo y frío en que yacía aquella víctima del alcoholismo crónico los enviados de *San Vicente de Paul*, que eran doña Petronila, ó sea el Gran Constantino, y el beneficiado don Custodio; la hija de Barinaga, la beata paliducha y seca, los recibió abajo, en la tienda vacía, lloriqueando. Hablaron los tres en voz baja; don Custodio decía las palabras, llenas de silbidos suaves,—imitación del Magistral—al oído de su hija de penitencia; la consolaba, y ella levantando los ojos llenos de lágrimas los fijaba como quien se acomoda en sitio conocido y frecuentado, en los del clérigo de almibar. Subieron, de puntillas, dispuestos á intentar un ataque contra el enemigo.

—¿Con que está arriba don Pompeyo?—preguntó en la escalera don Custodio.

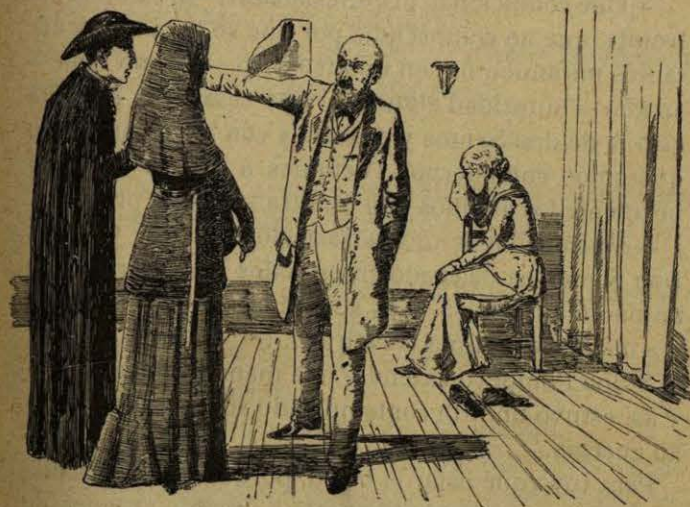
—Sí; no sale de casa estos días; mi padre me arroja á mí de su lado y clama por ese hereje chocho...

Don Pompeyo Guimarán oyó la voz del beneficiado y le sonó á cura. Se preparó á la defensa, y procuró tomar un continente digno de un libre pensador convencido y prudentísimo. Echó las manos cruzadas á la espalda, y se puso á medir la pobre estancia á grandes pasos, haciendo crugir la madera vieja del piso, de castaño comido por los gusanos. En la alcoba conti-

gua, sin puerta, separada de la sala por una cortina sucia de percal encarnado, se oían los quejidos frecuentes y la respiración fatigosa del enfermo.

—¿Quién está ahí?—preguntó don Santos con voz débil, sin más energía que la de una ira impotente.

—Creo que son ellos; pero no tema Vd. Aquí estoy yo. Vd., silencio, que no le conviene irritarse. Yo me basto y me sobro.



Entró el enemigo; y aunque venía de paz y don Pompeyo se había propuesto ser muy prudente, en cuanto doña Petronila abrió el pico, el ateo extendió una mano y dijo interrumpiendo:

—Dispéñseme Vd., señora, y dispense este digno sacerdote católico... vienen Vds. equivocados; aquí no se admiten limosnas condicionales...

—¿Cómo condicionales?...—preguntó don Custodio, con muy buenos modos.

—No se sulfure Vd., amigo mío, que otra me parece que es su misión en la tierra; mire Vd. como yo hablo con toda tranquilidad...

C. M. SANTOS

—Hombre, me parece que yo no he dicho...

—Vd. ha dicho ¿cómo condicionales? y á mí no se me impone nadie, vista por los piés, vista por la cabeza. Yo no odio al clero sistemáticamente, pero exijo buena crianza en toda persona culta...

—Caballero, no venimos aquí á disputar, venimos á ejercer la caridad...

—Condicional...

—¡Qué condicional, ni qué calabazas!—gritó doña Petronila, que no comprendía por qué se había de tener tantos miramientos con un ateo loco.—Vd. no tiene—añadió—autoridad alguna en esta casa; esta señorita es hija de don Santos y con ella y con él es con quien queremos entendernos. Venimos á ofrecer espontáneamente los auxilios que nuestra sociedad presta...

—Á condición de una retractación indigna, ya lo sé. Don Santos ha delegado en mí todos los poderes de su autonomía religiosa, y en su nombre, y con los mejores modos les intimo la retirada...

Y don Pompeyo extendió una mano hacia la puerta y así estuvo un rato contemplando su brazo estirado y su energía.

Pero tuvo que bajar el brazo, porque doña Petronila replicó que no estaba dispuesta á recibir órdenes de un entremetido...

—Señora, aquí los entremetidos son Vds... No se les ha llamado, no se les quiere; aquí sólo se admite la caridad que no pide cédula de comunión.

—Nosotros tampoco pedimos cédula...

—Señor cura, á mí no me venga Vd. con argucias de seminario; la filosofía moderna ha demostrado que el escolasticismo es un tejido de puerilidades, y yo sé á lo que vienen Vds. Quieren comprar las arraigadas convicciones de mi amigo por un plato de lentejas; una taza de caldo por la confesión de un dogma, una peseta por una apostasía... ¡esto es indigno!

—¡Pero, caballero!...

—Señor cura, acabemos. Don Santos está dispuesto á morir sin confesar ni comulgar; no reconoce la religión de sus mayores. Estas son sus condiciones irrevocables; pues bien, á ese precio ¿consienten Vds. en asistirle, cuidarle, darle el alimento y las medicinas que necesita?

—Pero, señor mío...

—¡Ah!... ¡señor de Vd... ya decía yo! ¿Ve Vd. cómo á mí la escolástica no me confunde?

—Todo eso y mucho más—dijo el Gran Constantino—queremos tratarlo con el interesado.

—Pues no será...

—Pues sí será...

—Señora, salvo el sexo, estoy dispuesto á arrojarles á Vds. por las escaleras si insisten en su procaz atentado...

Y don Pompeyo se colocó delante de la cortina de percal para cortar el paso al obispo-madre.

—¿Quién va? ¿quién va?—gritó desde dentro Barinaga ronco y jadeante.

—Son las Paulinas—respondió Guimarán.

—¡Rayos y truenos! fuera de mi casa... ¿No tiene usted una escoba, don Pompeyo? Fuego en ellas... infames... ¿y no anda ahí un cura también?...

—Sí, señor, anda...

—¡Será el Magistral, el ladrón, el *rapavelas*, el que me ha despojado... y vendrá á burlarse... oh, si yo me levanto... ¿pero Vd. qué hace que no les balda á palos? Fuera de mi casa... La justicia... ¿ya no hay justicia? ¿no hay justicia para los pobres?

—Tranquilícese Vd., que no es el Magistral.

—Sí es, sí es; lo sé yo; ¿no ve Vd. que es el amo del cotarro, el presidente de las Paulinas?... Éntre Vd., éntre Vd., so bandido... y verá Vd. con qué arma digna de Vd. le aplasto los cascos...

—Calma, calma, amigo mío; yo me basto y me sobro para despedir con buenos modos á estos señores.

—No, no, si es el Provisor déjele Vd. que éntre, que quiero matarle yo mismo... ¿Quién llora ahí?

—Es su hija de Vd...

—¡ Ah grandísima hipocritona, si me levanto, mala pécora! la que mata á su padre de hambre, la que echa cuentas de rosario y pelos en el caldo, la que me echa en las narices el polvo de la sala, la que se va á misa de alba y vuelve á la hora de comer... ¡ infame, si me levanto!

—Padre, por Dios, por Nuestra Señora del Amor Hermoso, tranquilícese Vd... Está aquí doña Petronila, está un señor sacerdote...

—Será tu don Custodio... el que te me ha robado... el majo del cabildo... ¡ ah, barragana, si os cojo á los dos!...

—¡ Jesús, Jesús! vámonos de aquí—gritó doña Petronila buscando la escalera.

Pero no pudieron marchar tan pronto porque la hija de don Santos cayó desmayada. La bajaron á la tienda, para librarla de los gritos furiosos y de las injurias de su padre. Quedó el campo por don Pompeyo, que volvió á sus paseos y después fué á la cocina á espumar el puchero miserable de don Santos.

«Allí no había más caridad que la de él. Cierto que no podía ser pródigo con su amigo, porque la propia familia tan numerosa tenía apenas lo necesario; pero solicitud, atenciones no le faltarían al enfermo.»

Volvió á poco soplando un líquido pálido y humeante en el que flotaban partículas de carbón.

Se lo hizo beber á don Santos, sujetándole la cabeza que temblaba y sin permitirle tomar la taza con su flaca mano, que temblaba también.

De esta manera quedó el campo libre y por don Pompeyo, el cual no pensaba más que en asegurar el

triunfo de sus ideas, para lo que era necesario estar de guardia todo el tiempo posible al lado del enfermo, y así evitar que la hija de don Santos introdujese allí subrepticamente «el elemento clerical».

Guimarán madrugaba para correr á casa de Barinaga; estaba allí casi siempre hasta la hora de cenar, y esta *necesidad material* la despachaba en un decir Jesús, dando prisa á la criada, á su mujer, á las niñas.

—Ea, ea... menos cháchara, la sopa... que me esperan...

Comía, recogía los mendrugos de pan que quedaban sobre la mesa, un poco de azúcar y otros desperdicios, se los metía en un bolsillo y echaba á correr.

Algunas noches entraba en su hogar gritando:

—Á ver! á ver! las zapatillas y el frasco del anís, que hoy velo á don Santos.

La esposa de don Pompeyo suspiraba y entregaba las zapatillas suizas y el frasco del aguardiente, y el amo de la casa desaparecía.

Foja, los Orgaz, Gloucester «como particular, no como sacerdote», don Álvaro Mesía, los socios librepensadores que comían de carne solemnemente en Semana Santa, algunos de los que asistían á las cenas secretas del Casino, los redactores del *Alerta* y otros muchos enemigos del Provisor visitaban de vez en cuando á don Santos; todos compadecían aquella miseria entre protestas de cólera mal comprimida. «Oh el hombre que había reducido á tal estado al señor Barinaga era bien miserable, merecía la pública execración.» Pero nada más. Casi nadie se atrevía á dejar allí una limosna «por no ofender la susceptibilidad del enfermo.» Muchos se ofrecían á velarle en caso de necesidad.

Don Pompeyo recibía las visitas como si él fuera el amo de casa; Celestina tenía que tolerarlo porque su padre lo exigía.

don Santos

—Él es mi único hijo... descastada... mi único padre... mi único amigo... tú eres la que estás aquí de más... mala entraña!... mojigata!...—gritaba desde su alcoba el borracho moribundo.

La enfermedad se agravó con las fuertes heladas con que terminó aquel año noviembre.

El primer día de diciembre Celestina se propuso, de acuerdo con don Custodio, dar el último ataque para conseguir que su padre admitiera los Sacramentos.

Al entrar, por la mañana, á eso de las ocho, don Pompeyo Guimarán, que venía soplándose los dedos, la beata le detuvo en la tienda abandonada, fría, llena de ratones.

Empleó la joven toda clase de resortes; pidió, suplicó, se puso de rodillas con las manos en cruz, lloró... Después exigió, amenazó, insultó; todo fué inútil.

—Hable Vd. con su papá—decía Guimarán por toda contestación.—Yo no hago más que cumplir su voluntad.

Celestina, desesperada, se acercó al lecho de su padre, lloró otra vez, de rodillas, con la cabeza hundida en el flaco jergón, mientras don Santos repetía con voz pausada, débil, que tenía una majestad especial, compuesta de dolor, locura, abyección y miseria:

—Mojigata, sal de mi presencia! Como hay Dios en los cielos, abomino de ti y de tu clérigalla... Fuera todos... Nadie me éntre en la tienda, que no me dejarán un copón... ni una patena... ¡Esa lámpara, seor bandido! y tú, hija de perdición, no ocultes debajo del mandil.... eso.... eso... ese sacramento... ¡Fuera de aquí!...

—Padre, padre, por compasión... admita Vd. los santos sacramentos!...

—Me los han robado todos... y las lámparas... y tú los ayudas... eres cómplice... Á la cárcel!

—Padre, señor, por compasión de su hija... los Sacramentos... tome Vd.... tome Vd....

—No, no quiero... seamos razonables. Una partida de sacramentos... ¿para qué? Si la tomo... ahí se pudrirá en la tienda... El Provisor les prohíbe comprar aquí... Ellos, los pobrecitos curas de aldea... ¿qué han de hacer?... Infelices!... Le temen... le temen... Infame! Infelices!

Y don Santos se incorporó como pudo, inclinó la cabeza sobre el pecho, y lloró en silencio.

Y repetía de tarde en tarde:

—Infelices!...

Celestina salió de la alcoba sollozando.

«Su padre había perdido la cabeza. Ya no podría confesar sino recobraba la razón... solo por milagro de Dios.»

—Ni puede, ni quiere, ni debe—exclamó don Pompeyo cruzado de brazos, inflexible, dispuesto á no dejarse enternecer por el dolor ajeno.

El día de la Concepción, muy temprano, el médico, Somoza, dijo que don Santos moriría al oscurecer.

El enfermo perdía el uso de la poca razón que tenía muy á menudo; se necesitaba alguna impresión fuerte para que volviese á discurrir lo poco que sabía. La entrada de don Robustiano, ó sea de la ciencia, le hacía volver la atención á lo exterior. Al medio día le anunció Celestina que quería verle el señor Carraspique. Aquel honor inesperado puso al moribundo muy despierto. Carraspique, sin saludar á don Pompeyo, que se quedó, siempre cruzado de brazos, á la puerta de la alcoba, se colocó á la cabecera de Barinaga en compañía de un clérigo, el cura de la parroquia. Era éste un anciano de rostro simpático, de voz dulce, hablaba con el acento del país muy pronunciado. Carraspique, á quien en otro tiempo había pedido dinero prestado don Santos, tenía alguna autoridad sobre el

don Santos

enfermo; no se hablaban muchos años hacía, pero se estimaban á pesar de las ideas y de la frialdad que el tiempo había traído. Barinaga, con buenos modos, usando un lenguaje culto, que no era ordinario en él, se negó á las pretensiones del ilustre carlista y sincero creyente don Francisco Carraspique.

—«Todo es inútil... la Iglesia me ha arruinado... no quiero nada con la Iglesia... Creo en Dios... creo en Jesucristo... que era... un grande hombre... pero no quiero confesarme, señor Carraspique, y siento... darle á Vd. este disgusto. Por lo demás... yo estoy seguro... de que esto que tengo... se curaría... ó por lo menos... se... se... con aguardiente... Crea Vd. que muero por falta de líquidos... gaseosos... y sólidos...

Don Santos levantó un poco la cabeza y conoció al cura de la parroquia.

—Don Antero... Vd. también... por aquí... Me alegro... así... podrá Vd. dar fe pública... como escribano... espiritual... digámoslo así... de esto que digo... y es todo mi testamento: que muero, yo, Santos Barinaga... por falta de líquidos suficientemente... alcohólicos... que muero... de... eso... que llama el señor médico... Colasa... ó Colás... segundo...

Se detuvo, la tos le sofocaba. Hizo un esfuerzo y trayendo hacia la barba el embozo sucio de la sábana rota, continuó:

—Item: muero por falta... de tabaco... Otrosí... muero... por falta de alimento... sano... Y de esto tienen la culpa el señor Magistral, y mi señora hija...

—Vamos, don Santos—se atrevió á decir el cura—no aflija Vd. á la pobre Celesta. Hablemos de otra cosa. Ni Vd. se muere, ni nada de eso. Va Vd. á sanar enseguida... Esta tarde le traeré yo, con toda solemnidad, lo que Vd. necesita, pero antes es preciso que hablemos á solas un rato. Y después... después... recibirá Vd. el Pan del alma...

—El pan del cuerpo!—gritó con supremo esfuerzo el moribundo, irritado cuanto podía.—El pan del cuerpo es lo que yo necesito!... que así me salvé Dios... muero de hambre! Sí, el pan del cuerpo... que muero de hambre!... de hambre!...

Fueron sus últimas palabras razonables. Poco después empezaba el delirio. Celestina lloraba á los pies del lecho. Don Antero, el cura, se paseaba, con los brazos cruzados, por la sala miserable, haciendo rechinar el piso. Guimarán, con los brazos cruzados también, entre la alcoba y la sala, admiraba lo que él llamaba la muerte del justo. Carraspique había corrido á Palacio.

Llegó y todo se supo; el Obispo rezaba ante una imagen de la Virgen, y al oír que don Santos se negaba á recibir al Señor, y á confesar, levantó las manos cruzadas... y con voz dulcemente majestuosa y llena de lágrimas, exclamó:

—Madre mía, madre de Dios, ilumina á ese desgraciado!...

Estaba pálido el buen Fortunato; le temblaba el labio inferior, algo grueso, al balbucear sus plegarias íntimas.

El Magistral se paseaba á grandes pasos, con las manos á la espalda, en la cámara roja, cubierta de damasco.

Carraspique, que vestía el luto reciente de su hija, miraba á don Fermín con los ojos arrasados en lágrimas.

«Don Fermín padecía, pensaba el pobre don Francisco» y sin querer, con gran remordimiento, él se alegraba un poco, gozaba el placer de una venganza... «irracional... injusta... todo lo que se quiera... pero gozaba acordándose de su hija muerta.»

Sí, don Fermín padecía. «Aquella necedad del tendero de enfrente era una complicación.»

De Pas ya no era el mismo que sentía remordimien-

Don Santos

tos románticos aquella noche de luna al ver á don Santos arrastrar su degradación y su miseria por el arroyo; ahora no era más que un egoísta, no vivía más que para su pasión; lo que podía turbarle en el deliquio sin nombre que gozaba en presencia de Ana, eso aborrecía; lo que pudiera traer una solución al terrible conflicto, cada vez más terrible, de los sentidos enfrenados y de la eternidad pura de su pasión, eso amaba. Lo demás del mundo no existía. «Y ahora don Santos moría escandalosamente, moría como un perro, habría que enterrarle en aquel pozo inmundo, desamparado, que había detrás del cementerio y que servía para los *enterramientos civiles*: y de todo esto iba á tener la culpa él, y Vetusta se le iba á echar encima!» Ya empezaba el rum rum del motín, el Chato venía á cada momento á decirle que la calle de don Santos y la tienda se llenaban de gente, de enemigos del Magistral... que se le llamaba asesino en los grupos—porque él obligaba al Chato á decirle la verdad sin rodeos—asesino, ladrón... El Magistral al llegar á este pasaje de sus reflexiones, sin poder contenerse, golpeó el pavimento con el pié. Carraspique dió un salto. El obispo, saliendo de su oratorio, con las manos en cruz, se acercó al Provisor.

—Por Dios, Fermo, por Dios te pido que me dejes...

—¿Qué?...

—Ir yo mismo; ver á ese hombre.... quiero verle yo... á mí me ha de obedecer... yo he de persuadirle... Que traigan un coche si no quieres que me vean, una tartana, un carro... lo que quieras... Voy á verle, sí, voy á verle...

—Locuras, señor, locuras!—rugió el Provisor sacudiendo la cabeza.

—Pero Fermo, es un alma que se pierde!...

—No hay que salir de aquí... Ir... el obispo... á un hereje contumaz..., absurdo...

—Por lo mismo, Fermo...

—¡Bueno! bueno! *Los Miserables*, siempre la comedia... La escena del Convencional, ¿no es eso? Don Santos es un borracho insolente que escupiría al obispo con mucha frescura; don Pompeyo discutiría con Su Ilustrísima si había Dios ó lo había Dios... No hay que pensar en ello. ¡Absurdo moverse de aquí!

Hubo algunos momentos de silencio. Carraspique, único testigo de la escena, temblaba y admiraba con terror el poder del Magistral y su energía.

«Era verdad, tenía á S. I. en un puño.» Después continuó don Fermín:

—Además, sería inútil ir allá. El señor Carraspique lo ha dicho... Barinaga ya ha perdido el conocimiento, ¿verdad? Ya es tarde, ya no hay que hacer allí. Está ya como si hubiese muerto.

Carraspique, aunque con mucho miedo, animado por su afán piadoso de salvar á don Santos, se atrevió á decir:

—Sin embargo, tal vez... Se ven muchos casos...

—¿Casos de qué?—preguntó el Magistral con un tono y una mirada que parecían navajas de afeitar.—¿Casos de qué?—repitió porque el otro callaba.

—Puede pasar el delirio y volver á la razón el enfermo.

—No lo crea Vd. Además, allí está el cura... para eso está don Antero... Su Ilustrísima no puede... no saldrá de aquí!

Y no salió.

El que entraba y salía era el Chato, Campillo, que hablaba en secreto con don Fermín y volvía á la calle á recoger rumores y á espiar al enemigo. El cual se presentaba amenazador en la calle estrecha y empinada en que vivía don Santos, casi en frente de la casa del Magistral. Era la calle de *los Canónigos*, una de las más feas y más aristocráticas de la Encimada.

Calle Santos

Al oscurecer de aquel día no se podía pasar sin muchos codazos y tropezones por delante de la tienda triste y desnuda de Barinaga. Sus amigos, que habían aumentado prodigiosamente en pocas horas, interceptaban la acera y llegaban hasta el arroyo divididos en grupos que cuchicheaban, se mezclaban, se disolvían.

Por allí andaban Foja, los dos Orgaz y algunos otros de los socios del Casino que asistían á las cenas mensuales en que se conspiraba contra el Provisor. El ex-alcalde se multiplicaba, entraba y salía en casa de don Santos, bajaba con noticias, le rodeaban los amigos.

— Está espirando.

— ¿Pero conserva el conocimiento?

— Ya lo creo, como Vd. y como yo. Era mentira. Barinaga moría hablando, pero sin saber lo que decía; sus frases eran incoherentes; mezclaba su odio al Magistral con las quejas contra su hija. Unas veces se lamentaba como el rey Lear y otras blasfemaba como un carretero.

— Y diga Vd., señor Foja, ¿hay arriba algún cura? Dicen que ha venido el mismo Magistral...

— ¿El Magistral? ¡No faltaba más! Sería añadir el sarcasmo á la... al... No vendrá, no. Quien está arriba es don Antero, el cura de la parroquia; el pobre es un bendito, un fanático digno de lástima y cree cumplir con su deber... pero como si cantara. Don Santos era un hombre de convicciones arraigadas.

— ¿Cómo era? ¿pues ha muerto ya?—preguntó uno que llegaba en aquel momento.

— No señor, no ha muerto. Digo eso, porque ya está más allá que acá.

— También don Pompeyo se ha portado con mucha energía, según dicen...

— También...

— Pero estando sano es más fácil.

— Y cómo no va con él la cosa...

— Morirá esta noche.

— El médico no ha vuelto.

— Somoza aseguraba que moriría esta tarde.

— Pues por eso no ha vuelto, porque se ha equivocado...

— El cura dice que durará hasta mañana.

— Y muere de hambre.

— Dicen que lo ha dicho él mismo.

— Sí, señor, fueron sus últimas palabras sensatas, advirtió Foja contradiciéndose.

— Dicen que dijo:—«El pan del cuerpo es el que yo necesito, que así me salve Dios muero de hambre!»

Á Orgaz hijo se le escapó la risa, que procuró ahogar con el embozo de la capa.

— Sí, riase Vd., joven, que el caso es para bromas.

— Hombre, no me río del moribundo... me río de la gracia.

— Profundísima lección debía llamarla Vd. Se muere de hambre, es un hecho; le dan una hostia consagrada, que yo respeto, que yo venero, pero no le dan un panecillo.—Así habló un maestro de escuela perseguido por su liberalismo... y por el hambre.

— Yo soy tan católico como el primero—dijo un maestro de la Fábrica Vieja, de larga perilla rizada y gris, socialista cristiano á su manera—soy tan católico como el primero, pero creo que al Magistral se le debería arrastrar hoy y colgarlo de ese farol, para que viese salir el entierro...

— La verdad es, señores—observó Foja—que si don Santos muere fuera del seno de la Iglesia, como un judío, se debe al señor Provisor.

— Es claro.

— Evidente.

— ¿Quién lo duda?

— Y diga Vd., señor Foja, ¿no le enterrarán en sagrado, verdad?

CITA SANTOS VIEJA